

referencia para ese instante histórico y no considerarlo como una situación permanente en el tiempo a lo largo de la siguiente centuria.

*José ECHAGÜE AMEZCUA*

**JESÚS FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ y JESÚS M<sup>a</sup> GARCÍA RODRÍGUEZ.**  
*Galera. Treinta y cinco siglos de historia. Baza 2000. 597 páginas.*

Falta hacía que la villa decana de la comarca de Huéscar pusiese por escrito su varias veces milenaria historia. Tal vez era necesario que ese entusiasta, magnífico y bien armonizado dúo compuesto por mis queridos amigos Jesús Fernández y Jesús M<sup>a</sup> García, ambos galerinos de hecho y de derecho, y antes de eso grandísimas y bellísimas personas, considerase que el tiempo era cumplido y que la cosecha estaba madura para recogerla. Me consta que durante décadas, ambos autores se han enfrascado bien en la feraz tierra de la historia galerina. Sé muy bien que ellos han sido los primeros en disfrutar con el hallazgo de un dato, de un suceso, de una ocurrencia, en compensación por los días de ingrato trabajo desenredando grafías agraviadas por el tiempo, sin nada que llevarse al intelecto. Pero, sin desmayo, volvían a la labor y, cuando se dieron cuenta, tenían la batalla ganada. Y quisieron compartir con los suyos lo que a ellos tanto les había entusiasmado.

El propósito de narrar la historia de Galera, tal y como lo han hecho sus autores, podía llevar a la trampa de pensar que sólo era cuestión de situarse en el cerro de la Virgen de la Cabeza, a la espera de que Don Juan de Austria arrasara a los moriscos sublevados, y luego contar los hechos con un lenguaje actualizado. Pero es que lo de Galera es mucho más: treinta cinco siglos ininterrumpidos de hechos históricos, según presumen en el título, con muchísima razón, ambos cronistas. Con una sorprendente soltura para no ser especialistas, pero con conocimiento largo y plenísimo de los hechos, se sitúan en los últimos períodos de la Prehistoria y desde allí cuentan apasionadamente —que ello no quiere decir que pierdan el norte del rigor— cómo comienza a despertarse el larguísimo quehacer humano en la zona. Porque, según está escrito, junto con los niveles precampaniformes del cerro de la Virgen de la Cabeza de Orce, los restos arqueológicos de el Castellón Alto y el cerro de El Real, constituyen una de las estratigrafías más completas del Mediterráneo Occidental. Las fases ibérica, romana y medieval transcurren ante los ojos del lector tratadas con un

luminoso lenguaje, dotadas de una recobrada vida, insuflada por obra y arte de este tándem de escritores con más de veinte años de diferencia en sus edades. Y se nota el impulso lozano de uno, amalgamado con la sazón serena y omnisciente del otro, lo cual ha sido un acierto para quienes hemos de leer su libro.

Cuando Don Juan de Austria se va de Galera, de las ruinas de la desdichada Galera, toman de nuevo la palabra Fernández y García y, a la vez que los nuevos pobladores levantan sus casas y reparan las vegas de tanta violencia, ellos trazan un minucioso cuadro de datos, de fechas, de textos originales, de explicaciones a lo hasta ahora no explicado, que alcanzan nada menos que los albores del siglo XIX. La fidelidad al dato, la constancia rigurosamente documental, lo puramente histórico, no están reñidos en este libro con unas licencias que de vez en cuando se permiten los autores —seguramente en los momentos en que más cómodamente se encuentran, contándonos todos estos episodios— y que indudablemente refrescan el, a veces, denso ambiente que consiguen que respiremos por la magia de la palabra acertadamente elegida en cada momento. Desfiles de tropas napoleónicas, de tasadores de bodegas, de hidalgos con aspiraciones, de entrañables Autos de Buen Gobierno del Señorío de los Enríquez, de sequías, de plagas, de hermandades religiosas, de reglamentos para cultivo del cáñamo o la elaboración de la seda, de ordenanzas de riegos para uso de diligentes y primorosos agricultores de huerta...transcurren ante nuestros ojos con un acompasado ritmo que, desde y entre bambalinas, marcan magistralmente los dos directores de orquesta.

Han gozado de suerte, sin embargo, los autores. Para cada uno de los períodos cruciales de la historia de su pueblo, han tenido fuentes que les echen una mano. A saber: en la reconstrucción de Galera en 1591 está presente el *Libro de Apeo y Población*; a mediados del siglo XVII, el marqués de la Ensenada con su *Catastro* surge providencialmente; iniciado el siglo XIX, un médico que estudia las aguas medicinales se encapricha de Galera y les deja una panorámica del pueblo que para sí quisieran muchos. Encarrilados los ochocientos, cautivan los dimes y diretes de los liberales y absolutistas locales, hasta el punto de que, eliminando las fechas, algunos incidentes podrían pasar por ser de plena actualidad. Y después, la vida cotidiana de un pueblo que va creciendo serenamente al par de las décadas que nos conducen al siglo XX, del que se nos ofrece un adelanto al incluir en el relato el primero de sus tercios. Para rematar, aportan una sección dedicada a apéndices documentales —19 de ellos— que van desde el estudio de las inscripciones latinas conservadas en cuatro lápidas, por ejemplo, hasta una Ordenanza Municipal de finales del XIX:

o desde las tradiciones más arraigadas de la villa, hasta el aforo de la cosecha de vino de 1732.

Sin duda alguna, *Galera. Treinta y cinco siglos de historia*, se convertirá en obligado libro de consulta, y de cita, para quienes se interesen por lo que a lo largo decenas de siglos fue sucediendo en el Altiplano del Norte de la provincia de Granada. Como escribí en el prólogo, que sus autores me pidieron, honrándome, dije en la presentación de la obra, éste no es un libro sobre Galera: es "el libro de Galera".

Vicente GONZÁLEZ BARBERÁN

**RAFAEL LÓPEZ GUZMÁN.** *Arquitectura mudéjar. Del sincretismo medieval a las alternativas hispanoamericanas.* Madrid, Cátedra, 2000. 571 págs.

La definición y análisis de las manifestaciones mudéjares supone un proceso historiográfico basado en las pervivencias de la tradición musulmana y su adaptabilidad a estilos y tendencias artísticas, marcado especialmente por su extraordinaria vigencia histórica y difusión geográfica. A pesar de su definición estilística en 1859 por José Amador de los Ríos, los estudios sucesivos adolecían de visiones fragmentarias, localistas o cuando menos restrictivas respecto a su función ideológica e integradora, que falseaban o mediatizaban abiertamente sus contenidos hasta convertirlos en meros «invariantes castizos». Por otra parte, el auge de los estudios sobre la arquitectura mudéjar en los últimos veinte años quedaba aún restringida a estudios regionalistas que, no obstante, han contribuido a conformar un corpus científico con un indispensable contenido catalográfico, histórico y documental. Las limitaciones globalizadoras de estos trabajos, en la mayoría de los casos, planteaban nuevos enfoques o líneas de investigación sobre el fenómeno mudéjar, lo que añadía más complejidad a la pretensión generalista de considerarlo como un conjunto de hechos aparentemente unitario.

La ausencia de una monografía que englobara los distintos factores y elementos que convierten al arte mudéjar en una nueva realidad artística, diferente de las culturas islámica y cristiana, así como las razones socio-culturales que integran este fenómeno, convierten al trabajo del profesor Rafael López Guzmán